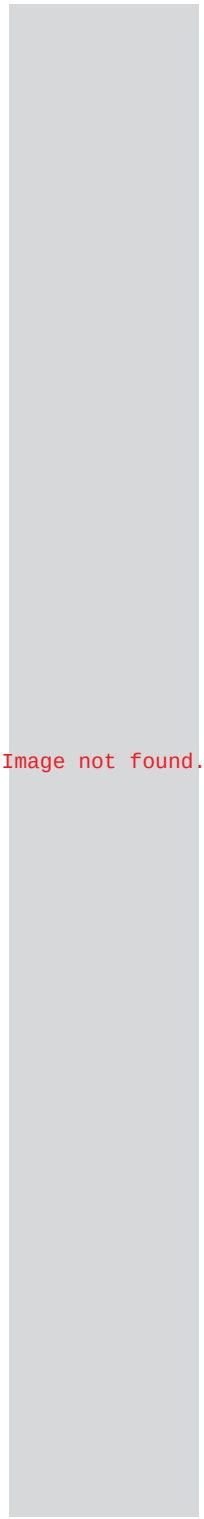
Hallifander

Tomas Cardenas Palau



Capítulo 1

Capítulo I

Pureza

Los voluptuosos, jóvenes, sensuales, definidos y puros cuerpos danzaban con gracia en la habitación iluminados por los rayos del sol de la mañana brillando cual oro, tan apetitoso y deseado. Eran cinco jovencitas que no alcanzaban siquiera a tener los veinte años de edad, eran tan puras y virginales que sus insípidos vellos púbicos tan siquiera eran visibles y sus pezones se erizaban al más mínimo roce.

El emperador Hall estaba acostado en su cama imperial contemplando la escena encantado con la compañía de aquellas doncellas, era como si estar con carne tan joven hiciera que su arrugado y cansado cuerpo se revitalizara y cobrara el vigor que tuvo antaño cuando era alguien joven, diestro e incluso apuesto. Las tocaba dulcemente, se reía con ellas y parecía un abuelo al quien sus nietas visitaban y jugueteaba con ellas; besos tiernos y sonrisas, nada impuro, como una dulce inocencia, como si volviera a redescubrir el sexo, el amor, la atracción, la adoración hacia un cuerpo femenino.

-Niñas- le dijo con su voz apagada por la edad- Acuéstense a mi lado, déjenme apreciar aquella juventud de la cual ahora yo carezco.

La niñas obedientemente le rodearon estando a su altura- Tú, eres tan bella, déjame sentirte- extendió su mano y toco los senos de la chica que estaba sentado en sus piernas cubiertas por la manta del lecho- Dios te ha bendecido niña, serás una hermosa mujer, tu descendencia será fuerte y abundante- La chica se sonrojo ante aquel comentario y sonrió tímidamente- Dame un beso- La chica le beso con cautela propia de una chica primeriza que tan solo juega. Era una hermosa chiquilla, tenía unas largas coletas de su hermoso pelo negro, sus ojos verdes como esmeraldas y su sonrisa tímida, pequeña y tierna; sus senos eran pequeños y estaban algo excitados, se notaba y su vulva era tan virginal que los labios estaban sellados cual gran palacio.

-Tú- dijo ahora girándose a su izquierda para mirar a los ojos a una chica un año mayor que la anterior, rubia, con el pelo suelto y una juguetona mirada con aquellos ojos cafes- Si hubiera tenido nietas me hubiese encantado que fueran como tú, puras, radiantes como el sol y tan hermosas como el amanecer en la pradera- Tomo su mano entre las suyas, arrugada a comparación de la juvenil y tierna mano, y la llevo a su entrepierna sin quitarle la mirada y la sonrisa paternal- Dame un poco de cariño, el cariño que Dios me ha negado- Sus movimientos eran guiados por su mano y la chica comprendido “Arriba abajo” como cuando batía la

mantequilla junto con su madre.

-Si…no sabes cuánto mi dulce niña, cuanto bien y a la vez cuanto mal me haces- le dio un beso en los labios y dejo que la chiquilla que al parecer le hacía gracia masturbar al infantil anciano- Ustedes tres, tóquense, déjenme ver su pureza- Ordeno a las otras tres muchachitas, una rubia al igual que la de su lado izquierdo, solo que tenía una larga trenza colgándole por la espalda y dos gemelas de cabello castaño, suelto y salvaje. Las niñas empezaron a explorar su vagina con algo de vergüenza y curiosidad- Eso, así, son tan jóvenes, tienen tanto potencial- La chica de juguetona mirada seguía en su labor a un buen ritmo y la jovencita de cabello negro dejaba que el anciano emperador le chupara los senos, al poco tiempo el viejo dejo escapar un bufido y algo parecido a un gemido dejando a entender que había eyaculado a raíz de la masturbación.- Bien hecho mi niña, bien hecho. Únete a tus compañeras- el longevo emperador se excitaba y regocijaba ante aquel espectáculo- Solo una de ustedes será la elegida para estar conmigo en privado.

-¿Seré yo señor? –Pregunto la rubia de ojos cafés- Quiero ser yo.

-Déjame verte- La rubia muchachita dejo ver sus dedos, húmedos y pegajosos- Las demás, muéstrenme sus dedos- Las otras chicas mostraron los dedos con los cuales se estaban frotando y lamentablemente ninguno parecía estar en condiciones, estaban secos- Si muchachita, tu eres la indicada.

-Yo no me he tocado señor- Dijo la niña del pelo negro.

-No hace falta, ya hice mi elección. Apártense de la cama y observen de aquello de lo que su compañera será digna de recibir- Con su edad y sus fuerzas mermadas el viejo, aun así, tuvo la destreza suficiente para ponerse sobre la muchacha y mientras le besaba abrió dulcemente sus piernas; su miembro era largo, pero flácido, no alcanzaba una erección total y sus venas estaban marcadas. Lentamente puso la cabeza en la entrada de la vagina y con su despacio introdujo su pene dentro de la virgen niña.

-¿Me dolerá, señor?- pregunto nerviosa la muchacha.

-Para nada niña- le sobo la mejilla- Sera maravilloso- Cuando llego al himen el viejo tuvo que hacer un esfuerzo para poder romperlo y al hacerlo termino de introducir su miembro haciendo que la niña soltara un aullido de dolor.

-Me duele, me duele- Sollozó. El viejo hizo caso omiso a sus quejidos y se dejó caer sobre su cuerpo y con las pocas fuerzas empezó a follarle a cierto ritmo- Por favor ¡Deténgase señor!- Pidió entre quejidos y unas

tiernas lagrimas se derramaron; su pureza había sido absorbida.

-Tranquila, tranquila, te sentirás mejor, te lo prometo- Pronuncio entre gemidos, pero sin importarle las quejas, solo podía sentir aquel roce, aquella carne que le envolvía y su virilidad perdida, recuperada. Así estuvieron unos cuantos minutos mientras las demás niñas observaban, unas asustadas y otras curiosas; hasta que al fin el viejo acabó y después de un débil aullido se dejó caer sobre su lecho, exhausto, sudando, eufórico y con el corazón latiéndole más que nunca. En cambio la chica estaba algo perpleja, con los ojos rojos del llanto y su vagina sangrante, se puso en pie rápidamente y se tapó de la vista de las demás.

-¡Julius! ¡Julius!, llévatelas, ¡llévatelas ya!- Grito el viejo aun sonriente por el gran orgasmo que había tenido. En ese momento entro un sujeto de unos cincuenta y tantos de edad, cubierto por una túnica café amarrada por un cíngulo, el sujeto era calvo a excepción de a los lados de la cabeza, con los pies descalzos y la barba larga, espesa y manchada de canas en su color café.

-Si mi señor- El monje se llevó a las niñas de la habitación y cerró la puerta tras de sí dejando al emperador solo en su alcoba, aun extasiado y con la mirada puesta en el techo sobre él.

<<Aun puedo, aún tengo fuerzas- se dijo para sí- Aun soy digno de poder ser llamado señor, de ser llamado señor de todo el vasto imperio- Sus problemas de masculinidad habían sido resueltos, el sexo le volvió a dar ese sentimiento de poder que sentía haber perdido hacía tiempo ya- Sigo siendo Hallifax, el emperador del imperio del Sol>>

Se puso en pie y se asomó por la ventana que daba a la pradera donde se encontraba su palacio, lejos de Hallfender, la capital del imperio, lejos de las miradas, de la política y las intrigas. Ahí en aquel paraíso terrestre rodeado de privacidad, el emperador pasaba sus días.

<<Un emperador débil es sinónimo de un imperio débil>>

Pero a pesar de su edad, seguiría peleando por su imperio. Mil años no serían en vano, no sería él quien fuese recordado por ser el que dejo que el vasto imperio del Sol se derrumbara. Debía regresar inmediatamente a la ciudad, tomar su caballo e idear un plan de guerra contra los ejércitos extranjeros que les humillaban en las fronteras del Este y el Noroeste.

Se puso su túnica y se la ató a la cintura, salió de la habitación y llamo a su escolta privado.

-¡Yoren! ¡Yoren! ¡Alista mi carruaje, me devuelvo a la ciudad!- El carabinero vestido de una armadura con detalles dorados y un casco rojo con la forma del sol acudió a su señor y cual obediente perro corrió hacia

la salida del palacio y ordeno que ensillaran a las bestias y prepararan el carruaje real.

Julius, el monje, regreso sumiso ante su amo quien ahora estaba enérgico, como si hubiera rejuvenecido veinte años- Le dije mi señor, el cuerpo y la sangre de virgen son benditos, curan cualquier mal y cualquier dolor- Era alguien bajo, encorvado y tenía un ojo rebelde que en ocasiones distraía a quien le miraba directamente a los ojos.

-Así es mi hermano mío, has tenido la razón. De ahora en más solo virgen estará en mi lecho, solo vírgenes y jóvenes que alimenten mi alma. Solo yo puedo gobernar este maltrecho imperio, ¿si yo muero, quien lo haría?

-Si majestad, como usted diga. Siempre tendrá su dotación de pureza, puede contar con eso- Termino con una reverencia y una sonrisa siniestra, y se alejó. Yoren tomo a su señor del brazo y lo escolto hasta el carruaje saliendo del palacio.

-Con cuidado señor, puede haber francotiradores por la zona- Le dijo el fuerte Yoren, atento de que no ocurriera nada extraño, aunque estuvieran en una zona privada y bien protegida, los asesinos podrían venir de cualquier parte. En ese mismo instante, antes de entrar al carruaje, la chica rubia que había acabado de desvirgar se acercó con un una rosa.

-Mi señor- era tierna y voz de una tonalidad mayor para alguien de su edad- Esta flor simboliza mi pureza, siempre será suya. Tiene una gota de mi sangre como prueba.

Yoren se puso a la defensiva, pero el viejo Hall le freno- Es solo una niña- Tomo la rosa en su mano y le dio un tierno beso en la frente para luego subirse al carruaje con Yoren a su lado. Las bestias se pusieron en camino y el palacio fue quedando atrás ocultándose por el camino arbolado y solo quedaba el sonido del traqueteo de las ruedas y los cascos del caballo.

El emperador tenía setenta años, era el más longevo de los últimos años y era más que todo por su cobardía. Siempre atrincherado en su palacio de campo, siempre protegido y siempre cuidadoso. Olio la flor que la niña le había dado y pudo sentir el aroma de su sangre y el olor de la rosa. Viejo, orgulloso y cobarde, el tipo de hombre que dura más que cualquier otro.

-¿Qué va hace señor?- Pregunto Yoren al ver la mirada dubitativa de su señor- ¿Regresar a Hallfender? Las revueltas están en su punto álgido y el concejo se devana los sesos pensando en cómo repeler el ataque de los Guerreros de la Luna.

-Sabes Yoren, mi hijo nunca me podrá dar nietas como aquella niña- Dijo el emperador ignorando por completo a su escolta- La pureza no está en

mi sangre, ni en la sangre de mi sangre- Olfateo nuevamente la rosa.

-El príncipe Helix es alguien con quien cualquier muchacha sueña estar, podría acostarse con las mujeres de Helijander y dejar un legado de sangre mística.

-Mística, más no pura- El aroma le embriagaba, era extraño, nunca pensó que la sangre fuera tan fuerte al olfato. Pronto se sintió mareado, con el mundo encima y la respiración entrecortada.

-Señor ¿está usted bien?- La cara se le torno pálida y un ataque de tos le cogió por sorpresa- ¡Parad el coche!

El carruaje se detuvo abruptamente por la vía y el emperador sin aires abrió la puerta y se lanzó al suelo, buscando que le entrara aire, aire fresco, puro. Pero por más que tosió y por más que jadeo simplemente estaba totalmente ahogado. Yoren intento socorrerle junto con el conductor del coche, pero fue en vano y cuando un hilo de sangre broto por su morado rostro y sus ojos se salían de sus orbitas, supieron ambos que el viejo emperador había sucumbido.

La rosa estaba en el suelo y la gota de sangre se derramo.

Pureza, la pureza que le faltaba.